



Capítulo 403 - ¿Puedo matarlos a todos?

"Voy a matar a todos."

La voz de Virgilio atravesó el silencio del carruaje como una espada sumergida en veneno. Sus ojos brillaban rojos y amenazantes, sus puños se apretaban como si pudiera aplastar el aire mismo. Tragó con fuerza, tratando de contener la sed de sangre que ardía en su cuerpo como fuego vivo. Cada mirada lasciva, cada suspiro envenenado de deseo que provenía de la multitud demoníaca afuera... todo era una prueba directa de su cordura.

"Voy a matar—"

"No vas a hacer nada."



Katharina lo interrumpió suavemente, pero su voz tenía el peso de un decreto divino. Ella envolvió su brazo derecho alrededor de Vergil con cariño y, en un gesto calculadamente adorable, apoyó su cabeza sobre su hombro; el calor de su cabello rojo contrastaba con el repentino frío que se había asentado sobre la atmósfera.

"Si haces eso..." "Me divorciaré de ti."

La amenaza se pronunció en un tono dulce, casi juguetón— y, sin embargo, fue suficiente.

Virgilio se congeló. Literalmente.



El carruaje ceremonial, hecho de huesos tallados y espejos negros encantados, se movía suavemente por las calles principales que conducían al Castillo de Abbadon, el corazón palpitante del mundo demoníaco. El camino que recorrieron fue sagrado y ceremonial, bordeado de multitudes de demonios, sirvientes y nobles de bajo rango —todos esperando ver a los elegidos del nuevo Rey.

Y los malditos... observaron.

Cada demonio se atrevió a levantar la mirada hacia las figuras dentro del carruaje. Miradas largas, curiosas...o codiciosas. Y eso era intolerable.

Ada, sentada elegantemente frente a la ventana, dejó escapar un pequeño suspiro.

"Se quedan mirando porque son tontos", dijo con frialdad. "Tú eres el Rey. Son polvo."



Roxanne, más relajada, balanceó sus pies cruzados, sonriendo mientras miraba por la ventana y saludaba como una verdadera princesa insolente.

"Creo que es lindo. Nunca hemos sido tan admirados al mismo tiempo. Saben que nunca podrían tocarnos."

Vergil respiró profundamente, tratando de ignorar la sangre que hervía en sus venas. Estaba impecable con su atuendo ceremonial, una capa negra bordada en plata, con una armadura parcial que envolvía su pecho—, un símbolo de su autoridad infernal recién adquirida. Pero en ese momento, parecía más bien un depredador acorralado por su propio deseo de protección.



"Tienen suerte de seguir respirando", murmuró entre dientes apretados. Al mismo tiempo... '¿Qué tal si los matamos a todos, maestro?!' ¡Itarina a la sombra de Virgilio exigió venganza!

'¡Tranquilos, haré que mis nuevos subordinados jueguen con cada uno! Los mataré a todos mientras duermen.' Los ojos rojos se volvieron morados nuevamente.

Katharina levantó la cara y le tocó la barbilla con una sonrisa aguda.

"Eres nuestro amor. No te rebajes a cortar insectos. Simplemente... los aplastas con tu diferencia social."

No respondió, pero sus músculos se relajaron. El frío que lo rodeaba se disipó ligeramente.

Afuera, los tambores latían como corazones condenados, anunciando con truenos ceremoniales la aproximación del carruaje del nuevo Rey y sus consortes al Castillo de Abbadon. El cielo —un tapiz de nubes negras y mágicas— se retorció como serpientes celestiales, susurrando presagios en lenguas olvidadas. El aire estaba impregnado del peculiar aroma de las grandes fiestas demoníacas: sangre fresca, flores muertas e incienso elaborado con huesos molidos.

Dentro del vagón, la atmósfera era de tensión contenida y belleza absoluta. Vestidos lujosos, túnicas ceremoniales de poder, miradas afilando voluntades como cuchillas. Katharina, apoyando la cabeza en el hombro de Virgilio, miró un asiento vacío con una expresión ligeramente curiosa.

Entonces, como si el aire hubiera sido cortado por una pluma de absoluto silencio, una suave brisa —imposible en ese mundo sin viento— sopló a través del carruaje.





Y allí, sentada con la gracia de una emperatriz que nunca pide permiso, apareció Stella Sitri.

El espacio que la rodeaba parecía ceder, inclinándose ante su presencia. Su vestido era blanco como la nieve que nunca había tocado el mundo demoníaco, pero el brillo opaco de sus joyas y el contorno casi etéreo de su forma revelaban que no estaba hecha de la misma materia que las demás. Se sentó con las piernas cruzadas, su postura impecable y sus ojos —uno dorado y otro plateado— brillaban con una calma inquietante.

"Perdón por el retraso", dijo con una sonrisa serena, como si acabara de salir de un encuentro con la eternidad.

Roxanne soltó una risa ligera, claramente acostumbrada a la entrada dramática de su madre.



Antes de que alguien pudiera responder, el aire volvió a cambiar. Un chorrito de sangre —como un río vivo que sigue su camino a través del espacio— apareció junto a Virgilio, retorciéndose en elegantes espirales hasta tomar la forma de Rafaelina.

Podrías haberme esperado, ¿sabes? dijo, materializándose con sensual elegancia, vestida con su kimono morado oscuro donde un dragón dorado parecía moverse lentamente entre los hilos.

Se sentó junto a Virgilio como si fuera la cosa más natural del mundo. Su mirada recorrió cada rostro del carruaje con familiaridad— y un toque de desafío.

"Pensé que el Rey esperaba a todas sus Reinas", dijo, apoyando su mano sobre la rodilla de Virgilio con una sonrisa leve y provocativa.



Vergil miró de reojo a los dos recién llegados, con la mandíbula todavía tensa, pero ahora más... resignado. Ya se sentía al límite de su control con la mera presencia de sus tres esposas. Ahora, con las dos matriarcas allí —ambas demasiado poderosas para cualquier intento de mando—, el aire estaba cargado de tensión.

"Si aparece alguien más en este vagón, me tiraré por la ventana", murmuró, lo suficientemente bajo como para que sólo Katharina pudiera oírlo.

Ella se rió. Realmente me reí.

"No te quejes. Eres el hombre más envidiado del mundo demoníaco en este momento."

"Sí. Pero nadie mencionó el estrés cardíaco que conlleva"

En el lado opuesto, Stella observó en silencio, sus ojos se fijaron en Vergil por un momento lo suficiente como para hacerlo sentir incómodo — y luego sonrió. El tipo de sonrisa que dan las madres de princesas cuando reconocen algo... prometedor.

"Lo estás haciendo mejor de lo que esperaba", comentó, con la naturalidad de alguien evaluando una espada bien forjada.

Rafaelina asintió suavemente. "Por ahora, al menos."

El carruaje disminuyó la velocidad... y se detuvo con una sacudida repentina e inesperada.





El sonido de los tambores cesó y un murmullo inquieto reemplazó la música ceremonial. Las nubes de arriba se agitaron en respuesta, como si el propio cielo demoníaco sintiera la perturbación. Las consortes se miraron en silencio. Virgilio simplemente frunció el ceño.

Un momento después, uno de los guardias ceremoniales de vanguardia apareció junto al carruaje, sudando profusamente a pesar de su piel escamosa y el ambiente frío que lo rodeaba. Sus ojos muy abiertos delataban algo más que la mera burocracia. Se aclaró la garganta antes de hablar, como si hubiera que escupir las palabras con esfuerzo.

"M-Majestad... señor... hay un... problema en la carretera. Necesitamos... eh... esperar un momento. Un... incidente."

La puerta del carruaje se abrió con un clic sutil. El guardia palideció —lo cual fue impresionante, considerando que su piel ya era verdosa y seca como el cuero.



Virgilio apareció, lentamente, como la noche tragándose el último rayo de sol. Sus pasos sonaban pesados, no por el impacto en el suelo, sino por el peso de autoridad que los acompañaba.

Miró al guardia durante dos segundos. Dos segundos suficientes para que el demonio tiemble de la cabeza a los cascos, su postura encorvada y su mirada evitando el contacto directo con el rostro del Rey.

Virgilio suspiró. Bajo. Peligroso.

"¿Qué tipo de 'problema'?" preguntó, con la voz cargada de fatiga amenazante. No estaba de humor paciente. Hoy no.



El guardia tragó fuerte y señaló hacia adelante. "Una...una pelea, Su Majestad. Entre un... un guerrero demonio de cuarta capa y un minotauro de élite. Han bloqueado el camino del honor. "Lo están rompiendo todo."

Vergil no respondió. Él simplemente empezó a caminar.

Los guardias despejaron el camino rápidamente y con miedo. Una vez que estuvo completamente fuera del camino ceremonial, Virgilio pudo ver la fuente de la conmoción: un demonioide gigante de casi cuatro metros de altura, con piel roja como carne cruda, tatuajes místicos brillando con runas prohibidas y un hacha todavía clavada en un obelisco que, hasta hace unos minutos, había adornado el borde de la avenida sagrada.

Por otro lado, un colosal Minotauro, con cuernos adornados en oro negro y una armadura ritual que ahora estaba parcialmente en pedazos, inhalaba vapor por sus fosas nasales. Gritó insultos en un idioma antiguo, señalando enojado a su rival.

Miró a Katharina... "Puedes matarlo...esta vez puedes." Ella dijo sonriendo.

